

El problema del duelo



ANALÍA BATTISTA*

Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud, Rosario, Argentina

El problema del duelo

Resumen

El problema del duelo en Freud se establece en el punto en el que este autor conjuga afecto y trabajo. Separar lo que es afecto en el duelo de lo que es trabajo conducirá a ubicar su dimensión ética y a indagar por su operatoria: ¿Cómo opera el duelo?, ¿qué opera debido a él en un sujeto? Al ser constitutivas del problema del duelo las dimensiones del narcisismo, del objeto y del deseo, el duelo no resulta ajeno a la operatoria del análisis. Se sostiene que un análisis es un trabajo que, como el duelo, tiene un final.

Palabras clave: duelo, trabajo, afecto, narcisismo, deseo, objeto, falta.

La question du deuil

Résumé

La question du deuil chez Freud se pose dans la conjonction de l'affect et du travail. Séparer ce qui du deuil concerne à l'affect et ce qui en est du travail menera à repérer sa dimension éthique de même qu'à se demander sur son fonctionnement: comment est-ce le deuil fonctionne? Qu'est-ce que cela va opérer chez le sujet? Étant donnée que le narcissisme, l'objet et le désir sont des parties constitutantes de la question du deuil, celui-ci n'est donc pas étranger à l'opérateur de l'analyse. L'article pose qu'une analyse est un travail qui, tel que le deuil, a une fin.

Mots-clés: deuil, travail, affect, narcissisme, objet, manque.

The problem of mourning

Abstract

The problem of mourning in Freud arises out of the combination of affection and work. Separating that which is work and that which is affection in mourning makes it possible to locate its ethical dimension and enquire into its operation. How does mourning operate? What does it operate in a subject? Because the dimensions of narcissism, object, and desire are constitutive elements of the problem of mourning, the latter is not foreign to the operation of analysis. The article suggests that analysis is a type of work, which, like mourning, has an end.

Keywords: mourning, work, affection, narcissism, desire, object, lack.

* e-mail: analiabattista@gmail.com.

"Las ideas son sucedáneos de la pena".

PROUST

Desde el día que siguió a la muerte de su madre, prácticamente a diario y durante casi dos años, Roland Barthes llevó un diario de duelo. El 1º de agosto de 1978 escribió:

[Tal vez ya anotado]

Siempre (dolorosamente) me ha sorprendido poder —finalmente— vivir con mi aflicción, lo cual quiere decir que es literalmente *soportable*. Pero —sin duda— es porque puedo mal que bien (es decir con el sentimiento de no lograrlo) hablarla, frasearla. Mi cultura, mi gusto de la escritura me da ese poder apotropaico, o de *integración*: yo *integro*,¹ por el lenguaje.

Mi aflicción es *inexpresable*, pero como quiere que sea, *decible*. El hecho mismo de que el lenguaje me proporcione la palabra “intolerable” realiza de inmediato una cierta tolerancia.²

Inexpresable pero decible: intolerable.

Unerträglich, la dimensión insoportable de la realidad para Freud, la dimensión intolerable de la pérdida para Lacan.

¿Quién sabría, si no el poeta, decir mejor lo que está en juego en el duelo?

En las páginas de “Duelo y melancolía”³ Freud resume la que resulta ser su primera y única teoría del duelo. Sus apreciaciones al respecto sobrevivieron intactas a la “revolución del 20”. La introducción de los conceptos de repetición y pulsión de muerte, llamativamente, no obligaron a Freud a emprender revisión alguna. A casi cien años de su publicación, el célebre artículo sigue siendo ineludible.

En la primera de las notas al pie se consigna que tanto en alemán como en inglés y en castellano, *duelo* puede significar tanto el afecto penoso como su manifestación exterior. Casi a renglón seguido nos encontramos con la definición de duelo que Freud introduce para explicar la melancolía por comparación con un afecto normal: “El duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.”⁴.

1. Hacer entrar en un conjunto —federar— socializar, comunicar, gregarizar.

2. Roland Barthes, *Diario de duelo* (México: Siglo xxi, 2009), 187.

3. Sigmund Freud, “Duelo y melancolía” (1917 [1915]), en *Obras completas*, vol. xiv (Buenos Aires: Amorrortu, 1979).

4. Ibíd., 241.

Tanto la correspondencia duelo y melancolía, como la consideración del duelo en términos de modelo de afecto normal, están presentes en la elaboración freudiana desde 1890. En el “Manuscrito G”⁵, que data de 1895, ya se afirma que la añoranza de algo perdido es el afecto que le corresponde a la melancolía. En el “Manuscrito N”⁶, de 1897, la melancolía se relaciona con la forma que toma el duelo por la muerte de un ser querido, cuando el deseo de muerte se reprime en función de la compasión. Mientras que en el “Manuscrito K”⁷, por un lado, Freud hace pasar la diferencia entre lo normal y lo patológico por el sesgo de que se encuentre alguna vía de tramitación, o se cause un daño permanente en el yo, por otro lado, en la serie que se establece con el conflicto, el reproche y la mortificación, el duelo encuentra su aberración patológica no en la melancolía sino en la entidad descrita por Maynert como *amentia alucinatoria aguda*. La enfermedad por duelo patológico es entonces la que aqueja a la novia abandonada y a la madre que ha perdido a un hijo.

Aun admitiendo que dispone de muy pocos análisis de esta clase de enfermedad —la señorita Mathilde H es, tal vez, el único consignado—, Freud tenía la opinión de que debía ser la enfermedad psíquica más frecuente, pues:

En ningún manicomio faltan los ejemplos, para los que valeanáloga concepción, de la madre que enfermó a raíz de la pérdida de su hijo y ahora mece un leño en sus brazos, o de la novia desairada que desde hace años espera ataviada a su prometido.⁸

En el caso de la señorita Elizabeth Von R, de los “Estudios sobre la histeria”, se consigna ya lo que, según Strachey, anticipa el “trabajo de duelo” freudiano:

Esta señora ya ha cuidado hasta la muerte a tres o cuatro de sus deudos queridos, y cada vez hasta llegar al total agotamiento físico, pero luego de estas tristes operaciones no contrajo enfermedad alguna. Sin embargo, poco después de la muerte del enfermo empieza en ella el trabajo de reproducción que vuelve a ponerle ante los ojos las escenas de la enfermedad y de la muerte. Cada día recorre una de esas impresiones de nuevo, llora por ella y se consuela —uno diría: en su tiempo libre—. Semejante tramitación se le enhebra a través de los quehaceres del día sin que ambas actividades se enreden. Y todo va pasando en ella por orden cronológico. Si el trabajo de recuerdo de un día coincide exactamente con un día del pasado, yo no lo sé. Conjeturo que ello depende del tiempo libre que le dejan los quehaceres hogareños.⁹

¡Todo sigue! Sin siquiera el derecho, que reclama Barthes, a la manifestación pública del dolor que conlleva; la normalidad, su perfecto orden y suma prolíjidad, transforman al duelo en una verdadera experiencia moral.

5. Sigmund Freud, “Manuscrito G Melancolía”. “Fragmentos de la correspondencia con Fliess” (1950 [1892-1899]), en *Obras completas*, vol. I (Buenos Aires: Amorrortu, 1982), 240.

6. Sigmund Freud, “Manuscrito N [Anotaciones III] (31 de mayo de 1897)”. “Fragmentos de la correspondencia con Fliess”, 296.

7. Sigmund Freud “Manuscrito K: La neurosis de defensa”. “Fragmentos de la correspondencia con Fliess”, 260-267.

8. Sigmund Freud, “Las neuropsicosis de defensa” (1894), en *Obras completas*, vol. III (Buenos Aires: Amorrortu, 1982), 60.

9. Sigmund Freud y Joseph Breuer, “Estudios sobre la histeria” (1893-1895), en *Obras completas*, vol. II (Buenos Aires: Amorrortu, 1982), 176.

El duelo para el psicoanálisis no acierta su estatuto sino a través de la posición del propio Freud frente al problema de la muerte, al problema de la pérdida y a la concepción del objeto. La cuestión del duelo en Freud —lo que no es muy distinto a decir la cuestión del duelo para el psicoanálisis— se establece en el punto en el que Freud conjuga afecto y trabajo, donde no es lo mismo plantearlo como afecto que como trabajo.

Perdemos al amor que nos abandona, perdemos a quien ha muerto y sin lugar a dudas la muerte hace de un ser querido un objeto perdido, pero la inversa no es válida, no todo lo que hemos perdido está muerto. Más aún, dar por muerto lo que se ha perdido es ya el caso en la melancolía. Y así, frente al problema de la pérdida, el duelo, o se exime de la muerte y conserva su freudiana pretensión de normalidad, o encuentra en la melancolía su imposibilidad y en “el mal de la novia abandonada” su enfermedad. Tomar al duelo por normal conduce a dilucidar qué es lo sano, qué es lo enfermo y qué hay de su imposibilidad en él. Reconocer el duelo como afecto obliga a que sea considerado en términos de angustia —como todo lo que es afecto, a partir de Lacan—. Su referencia a la angustia hace que el duelo pueda pasar de experiencia moral a encontrar su dimensión ética.

Considerar al duelo como trabajo implica examinar su operatoria. ¿Cómo opera el duelo? ¿Qué se opera por él en un sujeto? Responder nos lleva a hacer una diferencia donde pareciera no haber ninguna.

Freud reduce la operación del duelo a un proceso afectivo de desprendimiento y renuncia, destinado a devorarse a sí mismo, que finaliza cuando la libido es libre de sustituir al objeto llorado por otro nuevo, tanto o más apreciable. Tomado por afecto, el trabajo del duelo es, en principio, análogo al dolor en la melancolía.

Es en dos ensayos contemporáneos a “Duelo y melancolía” donde encontramos algunas apreciaciones referidas al problema de la muerte y al de la pérdida, en particular respecto del trabajo que Freud va a exigirle al duelo. Uno de ellos es “Nuestra actitud hacia la muerte”¹⁰. Mediando la guerra, este breve ensayo de 1915 es presentado como una suerte de sinceramiento: la muerte propia no cesa de desmentirse, ni la guerra hace preciso creer en ella. “En el fondo nadie cree en su propia muerte o lo que viene a ser lo mismo, en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su propia inmortalidad”¹¹.

Años después, en “Inhibición, síntoma y angustia”¹², plantea que contrario a lo que sucede con la castración —que se vuelve representable por la experiencia cotidiana de la separación—, de la muerte propia no hay experiencia, o bien, si la hubiera, como podría ser el caso en el desmayo, no deja huella registrable.

10. Sigmund Freud, “Nuestra actitud hacia la muerte”. “De guerra y muerte. Temas de actualidad” (1915), en *Obras completas*, vol. xiv (Buenos Aires: Amorrortu, 1979).

11. Ibíd., 290.

12. Sigmund Freud, “Inhibición, síntoma y angustia” (1926 [1925]), en *Obras completas*, vol. xx (Buenos Aires: Amorrortu, 1979), 123.

La castración no es la muerte y no hay inscripción de la muerte propia, hay inscripción de la muerte del padre. Juzgados por nuestro deseo, “somos una gavilla de asesinos, somos del linaje de una serie interminable de generaciones de asesinos”¹³, y nuestros muertos fantasmas, aparecidos.

El asesinato del padre presenta como pérdida lo que es del orden de la falta del origen. El origen falta —no hay relación sexual— velado por la muerte mítica y significante del padre. Muerte necesaria para no delirar, a la que Freud hace la representante de una representación imposible.

Es así que frente al problema de la muerte del otro —porque es el otro el que muere— el inconsciente no conoce más nada que el duelo, la ambivalencia y la desestimación.

El otro ensayo al que hacemos referencia es “La transitoriedad”¹⁴. Allí Freud encuentra en el ánimo de Rilke un poderoso factor afectivo: la revuelta anímica contra el duelo, consistente en una anticipación del duelo ahí donde la realidad de la fugacidad de la belleza desmiente la pretensión de eternidad del joven poeta. Anhelo que le era consabido por sus propias ambiciones infantiles, entre ellas la aspiración infantil a ser el padre inmortal, expuesta en muchos de los sueños con los que escribe “La interpretación de los sueños”...

Freud edificó su obra a partir de la escritura y publicación de “La interpretación de los sueños”¹⁵, y esta sobre lo que consideraba la pérdida más decisiva en la vida de un hombre: la muerte del padre. Contada como deseo, hizo de la muerte del padre la referencia para todo duelo. El muerto es el padre según el deseo del hijo y el duelo se orienta por el recuerdo y encuentra su correlato y anegamiento en un fantasma de inmortalidad.

En el capítulo vi de “La interpretación de los sueños”, consagrado al trabajo del sueño, el punto “H” corresponde a los afectos, que en el sueño son parte de su trabajo. Freud vuelve allí al análisis del bello sueño que tenía por centro *Non vixit*.

El sueño, que tiene dos años antes de la muerte de su padre, cuando su amigo Fliess está gravemente enfermo, según nos dice, le permite retomar intacta la satisfacción por haber hallado, siempre y enseguida, un sustituto a cuanto amigo-enemigo acompañó a la tumba. Y retomar también el regocijo de haber sobrevivido a todos y cada uno, quedando dueño del terreno. Al ser sobrevivientes en el recuerdo de quienes quedan, todos somos reemplazables. “Nadie es irreemplazable. Vean, son solo resucitados; todo lo que uno ha perdido, regresa”¹⁶, hasta en el nombre de los hijos: «Tuve en mucho que sus nombres no se escogiesen siguiendo la moda del día, sino por el recuerdo de personas queridas. Sus nombres hacen de los niños “resucitados”. Y en definitiva, ¿no es tener hijos, para todos nosotros, el único acceso a la inmortalidad?»¹⁷.

13. Ibíd., 298.

14. Sigmund Freud, “La transitoriedad” (1916 [1915]), en *Obras completas*, vol. xiv (Buenos Aires: Amorrortu, 1979), 309.

15. Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños” (1900 [1899]), en *Obras completas*, vol. iv y v (Buenos Aires: Amorrortu, 1979).

16. Ibíd., vol. v, 482.

17. Ibíd., vol. v, 483.

En el sustituto del objeto, lo perdido se olvida por transferencia de afecto. Dice Freud: “Mi amigo [Fliess] acaba de tener, después de mucho esperarla, una hijita —Pauline—. Yo sé cuánto lamentó a su hermana, la que él perdió temprano —Pauline—, y le escribo que sobre esa niña habrá de trasferir el amor que él sentía por su hermana; esa niñita le hará olvidar por fin esa pérdida irreparable”¹⁸.

Tener hijos le parecía ser el único acceso a la inmortalidad, su tan ansiado monumento. Consecuentemente Freud hizo de su obra, como destino de su grandeza, un bien de familia que habría de corresponderle a uno de sus hijos; y no precisamente a uno cualquiera.

El asunto está planteado en “El motivo de la elección del cofre”¹⁹. La muerte se figura allí en el silencio del plomo y en el silencio de Cordelia, quien ama y calla. Cuenta la historia que viejo y moribundo, el rey Lear decide repartir su reino entre sus tres hijas según la medida del amor que le profesen. Cordelia, la tercera, se rehusa y permanece muda. La reflexión de Freud es la siguiente: el rey debió reconocer este amor sin palabras y recompensarlo, pero se equivoca. Es llevando el cadáver de Cordelia que “una sabiduría eterna, con el ropaje del mito primordial aconseja al hombre anciano renunciar al amor, escoger la muerte, reconciliarse con la necesidad de fenercer”²⁰.

En una de las cartas que le escribió a Ferenczi²¹, señalándole la condición subjetiva de la elección del cofre, le recordó que en cada uno de nosotros el destino, es decir, la vida y la muerte, adopta la figura de una o varias mujeres; y que su “hijita Anna” le hacía pensar en Cordelia. Allí están las tres Parcas de su sueño —la madre, la mujer y la muerte—, sus tres hijas y entre ellas Anna, para asegurarle lo que le hubiera gustado recibir de Jung; al menos así lo atestigua Ernest Jones con la dedicatoria de su libro *Vida y obra de Sigmund Freud*:

A

ANA FREUD

digna hija de un padre inmortal.²²

No está escrito que un rey no pueda repetir su error.

En enero de 1920 murió su hija Sofía, víctima de la epidemia que siguió a la guerra, estando embarazada de su tercer hijo. La conmoción que dicha muerte representó se deja leer en sus cartas.

Como lo revela Peter Gay, el mejor de sus biógrafos, firmó “papá” la carta de condolencias al viudo. Habló en la misiva de un acto del destino, sin sentido y brutal del que no puede culparse a nadie; recomendó entonces inclinar la cabeza ante el golpe, como pobres seres humanos desvalidos con los que juegan los poderes superiores²³. Sin saber si la alegría volvería alguna vez a visitarlos, le escribió a Kata

18. Ibíd., vol. v, 482.

19. Sigmund Freud, “El motivo de la elección del cofre” (1913), en *Obras completas*, vol. xii (Buenos Aires: Amorrortu, 1980).

20. Ibíd., 317.

21. Sigmund Freud, “Sándor Ferenczi”, en *Correspondencia completa* (Madrid: Síntesis, 2001), 204.

22. Ernest Jones, *Vida y obra de Sigmund Freud* (Buenos Aires: Lumen-Hormé, 1997), 5.

23. Peter Gay, *Freud: una vida de nuestro tiempo* (Buenos Aires: Paidós, 1989), 440.

Levy que «estaba contento de tener demasiado trabajo como para “llorar a su Sofía apropiadamente”»²⁴.

A Pfister le escribió: “Cuando la pérdida es la de un hijo parece una grave afrenta narcisista; el duelo que pueda existir, sin dudas llegará más tarde”²⁵. Y a Ernest Jones escribe: “Usted conoce la desgracia que hemos sufrido; es sin duda deprimente, [...] una pérdida imposible de olvidar. Pero dejémosla a un lado por un momento, la vida y el trabajo tienen que continuar mientras subsistamos. [...] Trabajo todo lo que puedo, y doy gracias por la distracción”²⁶.

En 1920 escribió y publicó “Más allá del principio del placer”²⁷, no sin cierto disgusto y ansiedad por aclarar las observaciones vertidas por Fritz Wittels²⁸—su primer biógrafo—, para quien la comunicación de la pulsión de muerte estaba hecha bajo la impresión y en respuesta a la muerte de Sofía; hipótesis que le hubiese resultado interesante si no se tratara de él.

Freud desestimó que la muerte de su hija pudiese modificar su actitud frente a la vida y la muerte; su rechazo a esa idea fue más allá del deseo de tenerla aún con vida. La transformación alcanzada por los conceptos de pulsión de muerte y repetición operó, necesariamente, sobre el estatuto del duelo y, por ende, sobre el problema de la pérdida y la concepción del objeto.

A favor de lo sustituible, y llamativamente alejado de la noción de objeto esencialmente perdido, Freud hizo del duelo un trabajo capaz de hacer —por oficio del examen de realidad y la identificación— de un objeto perdido un objeto reencontrado. Lo que perdimos vuelve. Todos somos reemplazables, sobrevivientes en el recuerdo de quienes quedan.

Orientado por el recuerdo y lo sustitutivo del objeto, el duelo, como la transferencia, se torna infinito; orientado por la repetición, el duelo, como la transferencia, tiene un final. El trabajo de duelo, aspirando a encontrar un equivalente en el trabajo del sueño, dirige su realización a las formaciones del inconsciente.

Melanie Klein, tal vez como ningún otro psicoanalista, hizo caso de la pulsión de muerte. También en ella la muerte de un hijo atraviesa su vida y su obra. En abril de 1934 murió en un accidente Hans, su hijo mayor. Se pensó en principio que se había tratado de un suicidio.

Según el relato de Julia Kristeva²⁹, la madre en duelo, que no había asistido a las exequias de su hijo, se presentó no obstante en el XIII Congreso Internacional de Psicoanálisis, realizado en Lucerna entre el 26 y el 31 de agosto del mismo año, donde expuso “Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos”³⁰, con el postulado de lo que se convirtió en su invención teórica: la posición depresiva como organizadora del psiquismo anterior al Edipo freudiano concierne al duelo.

24. Ibíd., 439.

25. Ibíd., 440.

26. Ibíd., 441.

27. Sigmund Freud, “Más allá del principio del placer” (1920), en *Obras completas*, vol. xviii. (Buenos Aires: Amorrortu, 1979).

28. Gay, *Freud: una vida de nuestro tiempo*, 443.

29. Julia Kristeva, *El genio femenino 2. Melanie Klein* (Buenos Aires: Paidós, 2001), 87.

30. Melanie Klein, “Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos”, en *Obras completas* (Buenos Aires, Paidós, 1975), 267-296.

Asimismo, es Klein quien incluye a la separación del analista en la serie de las abstracciones que Freud hace equivaler a la pérdida de un ser amado. Es ella quien, haciendo caso de la pulsión de muerte, lleva el problema del duelo a la experiencia del análisis de manera taxativa: el fin del análisis equivale a un estado de duelo. Puede decirse entonces, que lo rechazado en Freud retorna en Klein; en razón de la pulsión de muerte —no sin la repetición— el duelo se articula al fin del análisis.

Lo destaca Marie-Claude Thomas en su libro *Lacan, lector de Melanie Klein*, dado que la posición depresiva y el duelo son momentos estructurales y estructurantes homólogos a la castración:

Con la posición depresiva y el duelo kleiniano, no hay ninguna necesidad de que alguien cercano y querido muera para que el paciente esté en duelo, pues lo que es su causa, en la pérdida, es el ser del sujeto (el fallo) bajo el objeto primordial de la Madre, el seno, según el desdoblamiento de Lacan.³¹

Siguiendo el estudio que lleva a cabo Thomas, podemos decir que la definición de trabajo del duelo dada en el Seminario 6. *El deseo y su interpretación*³² —del lugar que ocupa en dicha definición “la pobre Ofelia”— es un efecto de transmisión en Lacan de la elaboración del duelo de Melanie Klein por su hijo.

En la reunión del 22 de abril de 1959, Lacan presenta el trabajo del duelo como [...] una satisfacción dada al desorden que se produce en virtud de la insuficiencia de todos los elementos significantes para hacer frente al agujero creado en la existencia, por el empleo de todo el sistema significante en torno al menor duelo.³³

Un ser fálico es llamado allí a responder. Decir con Lacan *trabajo de duelo* es decir *duelo del fallo llamado a responder*. Por intermedio del duelo, y ligado al problema del duelo, Lacan avanza sobre el asunto de la constitución del objeto. También por intermedio del duelo y ligado al problema del duelo, Lacan inventa el pase para avanzar sobre la cuestión del fin del análisis.

Habiendo perdido a su padre siendo muy joven, y atravesado por la espantosa experiencia de la muerte de su hija Helene, la versión del duelo propuesta por Allouch en las páginas de *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*³⁴ constituye un testimonio y un estudio, tan crítico como riguroso, que hace avanzar la teoría.

Al proponer como nuevo paradigma el caso de la muerte del hijo, Jean Allouch consigue escribir una fórmula para el duelo y nombrar, cabalmente, como sacrificio gratuito del duelo la subjetivación de la pérdida que delimita su final. Ubica en el sacrificio del fallo “el último paso lacaniano” de un duelo esencial, implicado en el deseo

31. Marie-Claude Thomas, *Lacan, lector de Melanie Klein: Consecuencias para el “psicoanálisis de niños”* (México: Epeele, 2008), 255.

32. Jacques Lacan, “Sesiones del 22 y 29 de abril de 1959”, en *Seminario 6. El deseo y su interpretación (1958-1959)*.

Material de circulación interna de la Biblioteca de la Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud – Rosario. Inédito.

33. Lacan, “Sesión del 22 de abril de 1959”, en *Seminario 6. El deseo y su interpretación*.

34. Jean Allouch, *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca* (Buenos Aires: Ediciones Literales, 2006), 25-42.

mismo por ser constitutivo del objeto, con lo cual pone de relieve que la construcción del objeto en el deseo es intrínseco al problema del duelo.

Allouch eleva el duelo a la condición de acto. Dice:

Lacan radicaliza la función del duelo: no hay relación de objeto sin duelo no solamente del objeto, sino de ese suplemento, esa libra de carne fálica que el sujeto no puede más que sacrificar para tener acceso al objeto. [...] El duelo es efectuado sí y solo sí se ha hecho efectivo ese sacrificio. El sujeto habrá perdido entonces no solamente a alguien sino, además, sino, aparte, sino, como suplemento, un pequeño trozo de sí. Lo que escribo así: $\$ = - (1+a)$.³⁵

Mientras que en el mantenimiento, en la conservación del objeto en la fantasía encontramos la primera garantía freudiana para no enloquecer, el trabajo que se espera del duelo concierne a su abandono. Claramente, el duelo roza la locura.

En los avatares del abandono de un objeto que fuera erotizado, lo que se pone en juego como trabajo es la transferencia de libido del yo al objeto y del objeto al yo, también el mecanismo de la identificación. Así, el problema de la pérdida del objeto ataña en principio al yo y por tanto al narcisismo. Amor que se refugia en una identificación es amor que se sustraer a su cancelación; la implicación del narcisismo es, entonces, constitutiva del problema del duelo.

En la labor asignada al duelo de disolver cada uno de los lazos de la libido con el objeto, el papel que Freud le confiere a la realidad no es menor: deberá imponerse exigiendo a la libido el deber de la resignación y el retiro.

Ahora bien, ya mediando la segunda tópica freudiana, la realidad se verá afectada por el problema de la pérdida. La realidad puede ahora perderse a tal punto, que la diferencia entre neurosis y psicosis se desplaza: de mantener vínculos con el objeto pasa a la sustitución de la realidad por los productos de la fantasía.

Así, cuando se pierde el objeto de amor por infidelidad o muerte, su pérdida no es que vaya a ser necesariamente admitida por el hecho de que la realidad la asevere; el yo puede desmentirla por insopportable y hasta romper vínculos con aquella. A condición de sustraer la investidura del sistema consciente —operación a la que Freud le otorga el mismo rango que a la represión— queda eliminado el examen de realidad y las mociones de deseo pueden ser admitidas como una realidad mejor. Tal es el caso de ese “mal de amor” que en psiquiatría se llamó *Amentia de Meynert* y que Freud tomó como psicosis alucinatoria de deseo.

Al mantener la existencia de lo que ya no existe, no hay, en el mal de la novia abandonada, otro amor distinto del que se ha perdido, no hay otro que el que no hay. Existiendo el que ya no existe, no hubo ni habrá ese uno, llamado por su amor a ser

³⁵ Ibíd., 300.

desmentido, al ser para el sujeto “su verdad”; la que en el caso de esa joven dada en adopción al nacer, reza: “Si no te ha querido tu madre, nadie te pudo, ni te puede, ni te podrá querer”.

La complejidad de la realidad en Freud viene dada en el hecho de la dependencia del otro. La realidad se conforma por el complejo del semejante. Razón por la que, en otro plano de la misma cuestión, Freud puede decir que en el amor sexual uno es dependiente de un fragmento de la realidad exterior; y Lacan señala que “el hombre es más prójimo de sí mismo en su ser que en su imagen en el espejo”³⁶.

Lacan hace una descripción respecto del amor, por cierto carente de romanticismo, en términos de transferencia de libido de un cuerpo a otro en un medio húmedo. Lo que el yo pierde de libido lo reencuentra como falta en el otro cuerpo y ello hace al amor, a la condición narcisista del amor.

El duelo se despliega en el campo del narcisismo, en la dimensión de lo imaginario, en el campo de la imagen y del objeto de la identificación especular. Es por esto que perder del otro su amor puede equivaler a su muerte.

Al surgir y desplegarse en el campo del narcisismo, el duelo no es ajeno a la operatoria de un análisis. Es la existencia del narcisismo la que permite sostener, como se sostiene, que un análisis es un trabajo de duelo.

UN AGUJERO EN LO REAL

La muerte de un ser querido abre un agujero en lo real, referencia central para la versión del duelo —su versión— que Lacan hace con Hamlet en el Seminario 6. *El deseo y su interpretación*:

[...] el agujero de la pérdida en lo real de algo que es la dimensión intolerable propiamente dicha, ofrecida a la experiencia humana (que no es la experiencia de la propia muerte, que nadie tiene, sino la de la muerte del otro que es para nosotros un ser esencial); eso es un agujero en lo real, se halla en lo real y por eso, en razón de la misma correspondencia que yo articulo en la *Verwerfung*, está brindando el lugar donde se proyecta precisamente el significante faltante, ese significante esencial para la estructura del Otro, el significante cuya ausencia vuelve al Otro impotente para darles una respuesta, ese significante que ustedes solo pueden pagar con su carne y su sangre, el significante que es el falo debajo del velo³⁷.

La referencia a un agujero en lo real pone al duelo en relación con la *Verwerfung* (la forclusión). Y como operación en correspondencia por la inversa con la *Verwerfung*, el duelo es un llamado a que lo simbólico y lo imaginario respondan frente a un agujero

36. Jacques Lacan, “La tercera”, en *Intervenciones y textos 2* (Buenos Aires: Manantial, 1998), 92.

37. Lacan, “Sesión del 22 de abril de 1959”, en *Seminario 6. El deseo y su interpretación*.

en lo real. En lo simbólico, un llamado al significante de la relación del sujeto con el significante, esto es, el fallo, y un llamado en lo imaginario que atañe a la constitución misma del fantasma. Un llamado y una respuesta imposible en la medida en que nada de lo que allí se ponga podrá colmarlo, nada, ni siquiera la muerte o la enfermedad orgánica del deudo. La normalidad del duelo se parece a la psicosis.

No estamos de duelo —dice Lacan— sino por alguien de quien podemos decir haber sido su falta. Llevamos luto por quien era soporte, objeto soporte de nuestra castración; así la castración vuelve a nosotros, y del negro al gris y del gris a los colores, el duelo, ¿habrá de consumarse consumiéndose o consumiéndonos?

Decíamos antes que la operación del duelo no se reduce a un proceso afectivo, por lo cual tenemos que hacer una diferencia donde, siguiendo a Freud, aparentemente no la hay. El hecho crudo y brutal de la muerte de un ser esencial es un exceso, el colmo de la ausencia, que no se constituye en falta sino por un trabajo de elaboración.

El trabajo operado por el duelo, su operación, es hacer de la ausencia una falta y de la falta, inexistencia; es hacer de un agujero, una causa. El duelo en el análisis está ligado a la causa. Lo que está perdido en principio puede aparecer. Se lo busque o no, se lo puede encontrar, puede volver. Entonces, lo que vulgar y estrictamente se llama “elaboración del duelo” es hacer de lo perdido una falta.

Y esto es todo lo que el duelo como trabajo simbólico es capaz de hacer. Es la única respuesta que lo simbólico puede dar: se empieza por leer *ausencia* y se termina por escribir *falta*. El trabajo imaginario de elaboración del duelo se corresponde con la construcción del fantasma. El duelo por el objeto es equivalente a la caída de las identificaciones imaginarias.

Lo que hay de elaboración en el trabajo del duelo se juega entre lo simbólico y lo imaginario, de ahí que tenga por efecto el levantamiento de las inhibiciones.

Ahora bien, no es lo mismo la falta del Otro que su inexistencia. Es por esto que lo simbólico y lo imaginario del trabajo no constituyen el alfa y el omega del duelo. Bastan las reliquias y lo que del ser querido(a) se guarda en ellas para retener al Otro por su falta.

Afirmando la existencia de lo que ya no existe, la falta no asegura lo que las religiones desmienten; el que falta, falta en el mundo, para todos y para siempre. A la hora de exponer la lógica, una vez más, el psicoanálisis es deudor de la literatura.

Para el protagonista de *Sábado*, la novela de Ian McEwan, empaquetar y tirar todos los arreos, todos los detalles primorosos de una vida entera, ahora que su madre no iba a volver nunca, era desterrarla del mundo de los vivos.

Los objetos se convertían en basura en cuanto los separaban de sus dueños y de su pasado: sin Lily, la vieja cubre tetera era repulsiva, con su motivo descolorido de una granja y manchas de un color pardo claro sobre una tela barata, y un relleno tan fino que inspiraba lástima. Una vez vaciados los cajones y estantes, y una vez llenas las cajas y bolsas, comprendió que en realidad nadie poseía nada. Todo es alquilado o prestado. Nuestras pertenencias nos sobreviven, al final las abandonamos. Trabajaron todo el día y sacaron veintitrés bolsas para los basureros. [...] Tardaron un día en desmantelar la existencia de Lily³⁸.

DEL POLVO VIENES Y AL POLVO VOLVERÁS

Durante el análisis del sueño “tres Parcas”, Freud se refiere a un recuerdo infantil:

[...] cuando tenía seis años y mamaba de mi madre las primeras letras, hube yo de creer que estábamos hechos de polvo y por eso al polvo volveremos. Eso no me gustó y puse en duda la enseñanza. Entonces mi madre se frotó las palmas de sus manos, como si hiciera albóndigas, me mostró las negruzcas escamas de la epidermis, como prueba del polvo de que estamos hechos. Mi asombro ante esta demostración *ad oculus* fue ilimitado, y me rendí ante lo que después oiría expresado con estas palabras: Debes a la naturaleza una muerte³⁹.

Freud dice *naturaleza* donde Shakespeare dice *Dios*, tal vez menos como imagen de su ateísmo que como imagen de la madre fálica; la madre portadora de falo cuyo duelo opera sobre el agujero en lo real y hace de lo real el lugar, no para las pérdidas, sino el lugar donde las pérdidas no tienen ningún tipo de existencia.

Simbólico, imaginario y real, el trabajo del duelo habrá cumplido su función, en quien está de luto, de dar por perdido lo que se ha perdido; de pasar de la experiencia de la desaparición del ser querido a la admisión de la inexistencia. Admitir es afirmar que eso ya no existe, y en “eso ya no existe” el duelo es concluyente: eso existió.

Para que lo perdido se pueda perder tiene que haber lugar, y sin afirmación no hay lugar. Que haya lugar implica que haya intervalo entre S₁ y S₂, la distancia hace a la causa, a la función del objeto. Entonces, el duelo en el análisis está ligado a la función de la causa; el análisis como duelo, tiene un final: hacer del agujero causa.

38. Ian McEwan, *Sábado* (Buenos Aires: Anagrama, 2005), 320- 321.

39. Freud, “La interpretación de los sueños”, vol. iv, 219.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLOUCH, JEAN. *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: Ediciones Literales, 2006.
- BARTHES, ROLAND. *Diario de duelo*. México: Siglo XXI, 2009.
- FREUD, SIGMUND. "De guerra y muerte. Temas de actualidad" (1915). En *Obras completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- FREUD, SIGMUND. "Duelo y melancolía" (1917 [1915]). En *Obras completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- FREUD, SIGMUND: "Fragmentos de la correspondencia con Fliess" (1950 [1892-1899]). En *Obras completas*, vol. I. Buenos Aires: Amorrortu, 1982.
- FREUD, SIGMUND. "Inhibición, síntoma y angustia" (1926 [1925]). En *Obras completas*, vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- FREUD, SIGMUND. "La interpretación de los sueños" (1900 [1899]). En *Obras completas*, vol. IV y V. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- FREUD, SIGMUND. "Más allá del principio del placer" (1920). En *Obras completas*, vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- FREUD, SIGMUND. "El motivo de la elección del cofre" (1913). En *Obras completas*, vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- FREUD, SIGMUND. "Las neurosis de defensa" (1894). En *Obras completas*, vol. III. Buenos Aires: Amorrortu, 1982.
- FREUD, SIGMUND. "Sándor Ferenczi". En *Correspondencia completa*. Madrid: Síntesis, 2001.
- FREUD, SIGMUND. "La transitoriedad" (1916 [1915]). En *Obras completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- FREUD, SIGMUND Y BREUER, JOSEPH. "Estudios sobre la histeria" (1893-1895). En *Obras completas*, vol. II. Buenos Aires: Amorrortu, 1982.
- GAY, PETER. *Freud: una vida de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Paidós, 1989.
- JONES, ERNEST. *Vida y obra de Sigmund Freud*. Buenos Aires: Lumen-Hormé, 1997.
- KLEIN, MELANIE. "Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos", en *Obras completas* (Buenos Aires, Paidós, 1975).
- KRISTEVA, JULIA. *El genio femenino 2. Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós, 2001.
- KRISTEVA, JULIA. *El tiempo sensible: Proust y la experiencia literaria*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 10. La angustia* (1962-1963). Buenos Aires: Paidós, 2006.
- LACAN, JACQUES. *Seminario 6. El deseo y su interpretación* (1958-1959). Material de circulación interna de la Biblioteca de la Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud – Rosario. Inédito.
- LACAN, JACQUES. "La tercera". En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial, 1998.
- MCEWAN, IAN. *Sábado*. Buenos Aires: Anagrama, 2005.
- THOMAS, MARIE-CLAUDE. *Lacan, lector de Melanie Klein: Consecuencias para el "psicoanálisis de niños"*. México: Epeele, 2008.



Mal de archivo n.º 1